

lobo y el hombre. Poco á poco fué alzando la escopeta hasta colocarla á la altura de sus ojos; entonces apuntó, hizo fuego, y el hombre y el lobo rodaron por la maleza: el señor alcalde había desaparecido.



CAPÍTULO XIV.

LA CAZA DEL LOBO.

CONTINUAS noticias del suceso llegaban al pueblo desde el amanecer, propagándose de boca en boca y llevando la inquietud y la zozobra de casa en casa. Desde las primeras horas de la mañana corrió la voz de que el lobo, encerrado dentro de la batida, se defendía furiosamente contra las asechanzas de los ojeadores, y de puerta á puerta y de ventana á ventana se comentaba el caso, despertando la ansiedad de las mujeres, que no esperaban nada bueno de aquella cacería.

Poco después se esparció un rumor pavoroso: se decía que el lobo era formidable; que medía tres varas de largo y cerca de dos varas de alto;

:

que tenía melena como los leones; que echaba fuego por los ojos, y que cada colmillo venía á ser, poco más ó menos, como una reja de arado. La ansiedad se convirtió en lamentos, y de puerta en puerta y de familia en familia, se extendió la noticia, llenando los ánimos de desolación y de espanto.

Nuevos datos vinieron á aumentar la consternación de que el pueblo se hallaba poseído. Acababan de llegar de la sierra dos fugitivos, asegurando que el lobo destrozaba cuanto se le ponía por delante; que las balas se aplastaban en su piel como en una plancha de hierro, y que iban ya muchos muertos y heridos; y para que no faltara nada al horror que infundía semejante relato, un pobre viejo, antiguo cazador de trampas, que vivía de limosna, arrastrando por las calles del pueblo sus piernas inútiles, al oír á los fugitivos, había movido la cabeza, frunciendo los labios y arqueando las cejas.

—¿Qué es, tío Benito?—le preguntaron á la vez veinte bocas.

—¿Qué ha de ser? (contestó.) Bien lo dije; para esas fieras montaraces no hay más que las trampas, porque las escopetas sólo sirven para espantar pájaros. Ya podéis rezar *Padres Nuestros*.

—¿Por qué, tío Benito?—volvieron á preguntarle.

—¡Por qué!.... (les dijo): porque todas las señales son de que ese lobo rabia.

No fué menester más. Semejante á un relámpago se esparció por todas partes la voz de que el lobo rabiaba, y la desolación llegó á su colmo. Gritos, lamentos, lágrimas, promesas, oraciones, y á la vez se invocaban los nombres de todos los Santos del cielo.

Una viuda que tenía dos hijos en la sierra, exclamaba llena de angustia:

—¡Virgen de los Remedios, no me dejéis huérfana!

Más allá otra buena mujer, recién casada, besaba una estampa, exclamando:

—¡Madre mía, guardadlo, que es mi único marido!

Al volver la esquina, otra más joven, que iba á casarse, rezaba á media voz, diciendo:

—Señora.... defendedlo del lobo, porque ya sabéis que es un cordero.

Y todo eran voces, gemidos, sollozos, súplicas, ofertas, lamentaciones, sustos, esperanzas, temores, confusión y espanto. Las familias afligidas abandonaban las casas, formando en las calles grupos desolados.

De pronto sonó por las avenidas del pueblo el grito de *¡el lobo, el lobo!*, y allí fué el correr de unos, el cerrar puertas de otros y la

tribulación de todos. En un momento quedaron las calles desiertas y las puertas cerradas: los muchachos sorprendidos lejos de sus casas se abalanzaron á las rejas, trepando hasta los balcones.

Era el caso que se había visto venir por el camino de la sierra una nube de polvo que avanzaba rápidamente; después se distinguió un bulto negro que seguía avanzando, y luego el bulto negro tomó en la imaginación de los que observaban el caso terribles proporciones. Uno dijo de repente:

—Es el lobo escapado de la sierra.

Y todos corrieron gritando:

—¡El lobo!.... ¡El lobo!

Pero el lobo no pasaba de ser una mula que venía á todo correr, agujoneada por el ginete que llevaba encima. Era otro cazador fugitivo, que traía las últimas noticias de la sierra. Las puertas de las casas volvieron á abrirse, aunque no del todo: los más valientes salieron á las calles, muchas cabezas asomaron á los balcones, y caras afligidas aparecieron detrás de las ventanas. La consternación cedió un momento ante la curiosidad, y el que acababa de llegar, detenido aquí, allí, allá, más allá, en todas partes se veía asediado por las mismas preguntas: —¿Qué es? ¿Qué hay? ¿Cuántos quedan vivos?

El hombre, sin apearse de la mula, recorría las calles, diciendo á voz en grito, como un pregonero:

—El señor Diputado ha caído en poder del lobo, que lo ha hecho añicos; lo sé de boca del alcalde, que se ha escapado por el ojo de una aguja, gritando: «¡Sálvese el que pueda!»

Llegó la noticia á la casa de Cañizares en ocasión en que María de la Paz despachaba un emisario á saber de Martín, que estaba en el *Juncar*. Nona rezaba en el cuarto de su abuela, arrodillada delante de la urna del niño Jesús, y Aurora se desesperaba con Gila, que no acertaba aquel día á peinarla á su gusto.... ¡Ya lo creo! como que tenía el novio en la batida.

Marta entró, diciendo:

—Ya la tenemos.

—¿Qué tenemos?—preguntó Gila atribulada.

—Que el lobo ha hecho presa en ese hombre que ha traído el infierno á casa, y á la hora presente, Dios lo haya perdonado, el pedazo más grande de su cuerpo es como un real de plata.

—¡Qué dices!—exclamó Aurora abriendo los ojos desmesuradamente.

—Lo que oyes. El alguacil ha venido á todo escape de la sierra á traer la noticia. En la plaza hay mil almas. Dicen que el lobo cayó sobre él como un rayo, y no dijo Jesús me valga....

Más vale que haya sido él que no otro. ¡Qué se le ha de hacer!... Ahora se le reza, lo entierran, y santas pascuas.

Aurora, trémula, y echando hacia atrás los rizos que cubrían su frente, dijo:

—Es lo mismo; porque, ya lo sabes, no me casaré....: diré que no mil veces, aunque el mundo se hunda.

Y como una leona herida, apartó á Gila, atropelló á Marta y salió de la estancia.

Las dos mujeres se santiguaron, mirándose atónitas, y Marta cruzó las manos, diciendo:

—¡Está loca!... ¡Está loca!... ¡Por dónde se le habrá metido en el cuerpo ese demonio de hombre!

Gila no hizo más que mover la cabeza con indulgente lástima, porque, como ya he dicho, la pobre muchacha también tenía en la sierra un pedazo de su corazón, y estaba que podían ahogarla con un cabello.

Y á todo esto, ¿qué ocurría?... Vamos á ver si podemos averiguarlo.

Como ya hemos visto, al disparo del síndico el Diputado y el lobo rodaron por la maleza. El cazador se detuvo contemplando los efectos de su puntería, mientras el otro, pálido y ensangrentado, se puso de pie, vió al lobo tendido é inmóvil, y clavando sus ojos en el síndico como dos garfios, le dijo:

—¡Aún vivo!....

—Sí,—contestó el *Ermitaño*.

Los dos hicieron á la vez el mismo movimiento, empuñando sus escopetas. Frente á frente uno de otro, con las miradas fijas como dos espadas que se cruzan, se medían de alto á bajo, espíandose mutuamente.... Cualquiera habría creído que iban á acometerse.

Oyéronse á lo lejos las voces de algunos cazadores que más atrevidos acudían al lugar de la escena, y entonces el Diputado cambió de actitud y de fisonomía, se encogió de hombros con filosófica indiferencia, y dijo:

—Bueno.... El lobo ha intentado quedarse con toda la presa entre las uñas....

Llegaron los cazadores, y encontraron al lobo muerto y al Diputado vivo, y del Diputado al lobo y del lobo al Diputado, iban y venían haciéndose cruces, como si no diesen crédito al testimonio de sus propios ojos.

—Vive de milagro (les decía el síndico). La fiera se le echó encima de pronto, y si tardo un segundo más en echarme la escopeta á la cara, era muerto.

Atraídos por las voces de sus compañeros, fueron llegando los demás ojeadores, detrás de los que apareció el alcalde con el sombrero echado atrás y la escopeta preparada, apartan-

do á los que le cerraban el paso. Al ver al lobo se detuvo.

—¡Hola! (exclamó.) No me fio; estas fieras suelen hacerse las muertas.

El sacristán dió con la punta del pie en la cabeza del lobo, diciendo:

—Hable V. más alto, que le ha entrado la bala por la oreja derecha, y está sordo como una tapia.

Aunque sin abandonar ciertas precauciones, se acercó á la fiera y la midió desde el extremo del hocico hasta la punta de la cola, exclamando:

—¡Dos varas de lobo muy bien cumplidas! La piel se guardará en el Ayuntamiento para perpetua memoria....

Luego examinó la herida, añadiendo:

—Con esta gente no hay razones que valgan; las balas les entran por un oído y le salen por otro.

Movíase sin descanso, entraba y salía en los corros formados por los cazadores, arqueaba las cejas, y prorumpía en continuas exclamaciones; necesitaba toda su actividad para darse testimonio de que aún vivía. Por todas partes iba diciendo: «Le debemos la vida al síndico.»

El Diputado electo, por su parte, se reía del suceso, á la vez que se limpiaba la sangre de

que tenía salpicado el rostro y arreglaba la pechera de su camisa, desgarrada por las uñas de la fiera, que habían llegado hasta arañarle el pecho. Hecha esta operación, atravesó el círculo de cazadores que lo rodeaban, y dirigiéndose al *Ermitaño*, que acababa de entrar en el corro, le puso las manos sobre los hombros, y con fisonomía franca, risueña y burlona, le dijo:

—Señor síndico, no hay más remedio; tenemos que partir entre los dos la gloria de esta hazaña memorable; y yo, por mi parte, no cedo nada de lo que me corresponde. La fiera iba á su negocio; quería quedarse con toda la presa entre los dientes; pero una bala demasiado ligera se interpuso, y adiós mi dinero. Señores (añadió, volviéndose á los circunstantes): juro que mi gratitud será eterna, y propongo una corona de laurel para la escopeta del síndico.

—¡Bravo!—exclamaron los cazadores.

Apoyado en el cañón de su retaco, el sacristán, siempre grave y serio, oía las palabras del Diputado con atención respetuosa, mientras que *Minerva* olfateaba las polainas del *Ermitaño* como si hubiera descubierto en ellas un rastro, á la vez que el síndico, ufano de su triunfo, se reía como nunca lo habían visto reirse.

Á todo esto el alcalde había hecho formar con ramas de encina una especie de angarillas,

sobre las que hizo colocar al lobo muerto, que aún conservaba el lomo erizado, mostrando los colmillos amenazadores.

Cuatro ojeadores cargaron con las angarillas, llevándolas á hombro, y el lobo sobre ellas movía la cabeza, al compás de los pasos; parecía que iba diciendo: «En buena me he metido.»

Detrás del sangriento trofeo de tan señalada victoria, iba el Diputado seguido del Ayuntamiento, y cerraban la marcha los grupos de cazadores que habían tomado parte en la batida. De esta manera bajaron por la pendiente del *Cortado*, dirigiéndose hacia el *Cortijo nuevo*, que blanqueaba á los pies de la sierra. Sobre las tejas amarillas iluminadas por el sol se empinaba la chimenea, y sobre la chimenea flotaba como una pluma el humo del hogar, anunciando al despierto apetito de los cazadores el almuerzo del siglo, porque ese es el mundo: á lobo muerto, cordero asado.

Las gentes de todas aquellas cercanías les salían al encuentro vitoreando á los vencedores, y los rebaños que pastaban en las laderas vecinas se detenían balando á lo lejos, como si quisieran añadir sus tristes lamentos á la gritería del regocijo.

¿Se asociaban al triunfo de los cazadores? Hay que dudarlo, porque no deben ignorar que para

ellos no hay diferencia entre un lobo y un hombre, pues en el orden de la justicia natural hay un delito imperdonable ante el tribunal de los hombres y de los lobos: el delito de nacer cordero.

Á la caída de la tarde se hizo la entrada triunfal en el pueblo, y el lobo fué paseado por las calles en medio de las más vivas aclamaciones. Se ponía en las nubes el arrojito del Diputado; las gentes se hacían lenguas de la puntería del síndico; se admiraba la serenidad del alcalde, que había tenido resolución para volver pies atrás, y algo se hablaba del plan del ojeo, debido á la estrategia del sacristán. El peligro en que se había visto el Diputado realzaba su figura á los ojos de sus electores.

Se celebraba la muerte del lobo, poco más ó menos como Roma celebró la muerte de Julio César; solamente que, como entonces, al pueblo no se le ocurrió gritar: «¡Al Tíber los asesinos!»

Al pasar por delante de la casa de Cañizares, el Diputado vió á Aurora en el balcón. Sus miradas, buscándose, se encontraron, y, encontrándose, se confundieron, del mismo modo que se confunden dos manos que se estrechan; pero de pronto se oscureció la fisonomía del Diputado, y una mirada rencorosa brotó del fondo de sus pupilas. Aurora detuvo la sonrisa que aso-

maba á sus labios, bajó los ojos, y se encogió de hombros.

¿Qué veía el héroe principal de aquella fiesta para pasar tan repentinamente del amor al odio? Veía detrás de la cabeza de Aurora otra cabeza bien modelada, cabeza joven, de frente serena y líneas enérgicas, que miraba el espectáculo que cubría la calle con ojos indiferentes. Desde luego comprendió que aquella cabeza pertenecía al hombre que ya aborrecía sin conocerlo, y la actitud resignada de Aurora le dejó comprender que tenía delante al que estaba solemnemente prometida su mano.

El rival anunciado aparecía inesperadamente, en una pieza, hecho y derecho, y dispuesto á disputarle al más pintado el honor de ser preferido. Y no había que dormirse sobre los laureles, que el mozo no era saco de paja, y quieras que no quieras, la belleza de Aurora acabaría por encender su corazón, y los rasgos varoniles de aquella fisonomía, entonces tranquila, atestiguaban que no se detendría ante ningún obstáculo.

Así discurría, jurándose á sí mismo llevarlo todo á sangre y fuego, cuando llegó al pie del balcón en que se hallaba Aurora.

—¡Ahora!—dijo ésta imperiosamente al que tenía á la espalda; y él obedeció al punto, pre-

sentando en el balcón una gran bandeja llena de hojas de rosas, que empezaron á caer formando una nube sobre la cabeza del Diputado, atrayendo las miradas de la concurrencia que llenaba la calle.

La malicia es agorera y supersticiosa, y los maliciosos pudieron restregarse las manos de gusto, porque el cuadro que se ofrecía á sus ojos era el siguiente: el Diputado recibía aquella lluvia de rosas que lo inundaba; Aurora las arrojaba desde el balcón con sus propias manos, y el futuro marido de la hija de Cañizares tenía la bandeja.

